pulcro de José de Arimatea.... De repente se levanta y resuena un grande ruido, cuando el corista aparece con el cirio. Los fieles, los niños sobre todo, golpean con sus libros sobre los bancos de la iglesia; y recuerda este ruido la grande conmocion que sacudió la tierra hasta en sus fundamentos, cuando el Cristo entregó el alma, y se rasgó el velo del templo en toda su altura. ¡Cuánta riqueza poética en los oficios de estos cuatro últimos dias de la gran Semana! Se encuentra en ellos, como un delirio de dolor; y sin embargo, este dolor es siempre elocuente y sublime: es el dolor de los profetas.

Ve aquí lo que ha dicho el Señor: "Id á la hija de Sion y decidle: El Salvador viene, y viene trayendo consigo la redencion y la recompensa.

"El sale de Idumea, y él es quien se levanta de Bosra! ¡Se levanta bello y magestuoso con su vestidura teñida de sangre! ¡Su fuerza se revela en su marcha!"

Escuchadlo: "Soy yo quien anuncia la justicia, y yo quien puedo salvar el mundo.

"¿Por qué vuestros vestidos están así enrojecidos? Se semejan á los de los hombres que pisan la vendimia.

"Solo yo he pisado el vino, y entre todos los pueblos, nadie se levantó para ayudarme.

"Así es que los he hollado bajo mis piés y en cólera, y su sangre ha saltado sobre mí y ensuciado mi vestidura.

"El dia de la venganza ha venido, y ahora es preciso que yo rescate á los mios.

"En mi desgracia, he mirado en derredor á ver si alguno habia para darme ayuda, y nadie hubo que me socorriera.

"¿Quién me ha salvado? Mi brazo. ¿Quién me libertó? Mi cólera.

"En mi furor he aniquilado los pueblos bajo mis piés, y los he embriagado con su propia sangre."

Es por boca de Isaías que el Señor se revela de esta suerte. ¡Qué imágenes!.... Ved ahora el retrato que este mismo profeta hace del Redentor, hecho ya cargo de nuestras iniquidades: "El es como un arbolito que no medra en una tierra sin riego.

"El está sin esplendor ni belleza: lo vimos y no lo reconocimos, porque habia venido á ser como el último, como la escoria de los hombres ó como si la lepra lo hubiera cubierto.

"Todos los sufrimientos, todos los dolores lo hicieron su víctima. Su rostro estaba como un velo de tristeza. Nuestra flojedad y nuestras enfermedades lo hicieron plegar bajo su peso.

"Y fué por nosotros, por nuestras iniquidades y por nuestros crímenes, que se ofreció á tantos sufrimientos, á tanta humillacion.

"Nuestra paz viene de sus angustias, y nuestra cura mana de sus llagas.

"Como ovejas descarriadas, habiamos salido del buen camino, y cada uno de nosotros seguia diversa senda.

"El Señor le dijo que tomara nuestros pecados, y él lo hizo, y se inmoló por nosotros sin abrir la boca, sin quejarse.

"El será llevado á la muerte como un cordero que van á degollar, y bajo el hacha guardará aún silencio, como la oveja está muda bajo la tijera que le quita su vellon."

¿No es esta una sublime pintura de la resignacion cristiana? Y es menester confesarlo, cada página de los oficios de la Semana santa, tiene de estas bellezas: es preciso decirlo, porque ya lo veis, hay hombres que pasan por literatos, y que ni aun sospechan las riquezas poéticas que contiene un libro de oraciones católicas. Han leido muchas obras, desdeñan empero abrir un *libro como este.*

Hállase, sin embargo, en este libro, la página que sigue: "Salvadme, salvadme, Señor, porque las aguas de la afliccion crecen é inundan mi alma.

"Yo he caido en un horrible abismo, y ruedo continuamente en él sin encontrarle el fondo.

"He gritado y llamado en mi ayuda, y mi voz se cansó con inútiles gritos; mis miradas se dirigieron á la tierra y al cielo, y mis ojos se fatigaron: aguardé mi libertad de lo alto, y nunca vino.

"Tiene menos cabellos mi cabeza que yo cuento enemigos; y sin embargo, es injusto su odio.

"Dios mio, es por vos que he sufrido; tened de mí piedad, Dios mio, porque ahora me hallo solo: mis hermanos no me reconocen y se alejan de mí.

"Los jueces en sus tribunales se pronuncian en contra mia, y el pueblo en sus escesos me toma por asunto de sus canciones.

"Y yo, Señor, imploro vuestro socorro: ¡Oh Dios mio! ¡Ya es tiempo de hacer conocer vuestro poder para salvarme!

"¡Que la tempestad no me sumerja, que no sea yo tragado por las ondas, ni que el abismo en el cual he caido, se cierre sobre mi cabeza!"

Nunca la desgracia clamó con mas fuerza á Dios. Escuchad empero la salmodia de los sacerdotes que cesa, y comienzan infantiles voces argentinas, puras y sonoras: los acólitos van á repetir las lamentaciones de Jeremías: de Jeremías, el gran poeta del dolor.

"¡Oh! ¡Cómo yace la ciudad, antes populosa, hoy desierta y triste!

"¡La reina de las naciones á quien los pueblos lejanos venian á ver, ha venido á quedar como una viuda desolada! ¿Cómo es que la señora de tantas provincias se ha hecho tributaria del estranjero?

"Toda la noche llora, y llorando siempre, el dolor ha marchitado su rostro y se ven las señales de las lágrimas sobre sus mejillas. De todos los que queria, ninguno piensa en ella, ni viene á consolarla. Y aun hay mas, los que amaba se han vuelto contra ella.

"Para salvarse de la afliccion, de la servidumbre, y para escaparse de la esclavitud, Judá dejó la patria.

"Mas buscó en vano entre los estranjeros el reposo que perdió: estos se ligaron para perseguirla.

"¡Las calles de Sion lloran su soledad, nadie pasa por ellas, ni acude á las solemnidades del templo!

"Las puertas de este se hallan rotas, el atrio desierto, los sacerdotes sumerjidos en el dolor, y las

vírgenes, vestidas de luto gimen sumidas en la amargura.

"Sus enemigos la han echado por tierra y se han amparado de sus riquezas, porque el Señor, irritado de sus iniquidades, la habia condenado en su justicia y en su cólera. Sus hijos, aún pequeños, han sido llevados en cautiverio, heridos y maltratados por el enemigo.

"Jerusalen, Jerusalen, conviértete al Señor tu Dios!"

Mucho nos engañamos, ó esta poesía deja muy atras á cualquiera otra. Y ¿cómo pudiera ser de otro modo? Isaías, Job, David, Jeremías, eran hombres como nosotros, y habian podido tomar en sus mismas desgracias tan sublimes lamentaciones. Ellos tambien habian sido engañados por falsos amigos, tenido que llorar sobre los muertos y visto la patria caida de su gloria y de su felicidad. Habiendo así sufrido, pudieron aprender la elocuencia de la adversidad, y saber bien que son como hermanas de las lágrimas y como los gemidos del alma, palabras de que hacen uso todos los dolores cuando quieren que se llore sobre ellos; mas para venir á ser intérpretes verdaderos de las grandes desgracias de todos los siglos y de todas las naciones, han sido precisas á Jeremías, á Isaías, á Job, á David y á los profetas, otras revelaciones que las del corazon: ha sido menester que Dios los tomase, por decirlo así, de la mano y los condujese al arsenal de sus venganzas, y allí les mostrase todo lo que su justicia tenia de reserva para el castigo de los hombres. Las lamentaciones entonces fueron proporcionadas á las desgracias de lo pasado, de lo presente y de lo porvenir. Así es que con las palabras de Jeremías pueden quejarse y llorar todas las naciones.

JUEVES SANTO.

Entre la semana de luto viene el Jueves Santo como un rayo pasajero de alegría, y en este dia deja la Iglesia sus ornamentos de tristeza: el color rojo reemplaza el *violado*, color de humildad y penitencia.

El color rojo es el que señala las fiestas de los mártires.

¡Y qué mártir el crucificado en el Calvario! ¡Y qué sangre la que enrojeció la *via dolorosa* desde la *columna de la flajelacion* hasta las piedras del *Gólgota*.

Por la jornada de muerte, que se celebrará al otro dia, la Iglesia no quisiera dejar parecer su regocijo; mas en la institucion de la Eucaristía hay tal manantial de gracia para los cristianos, que no ha podido en el dia en que este milagro de amor se ha obrado, conservar sus fúnebres vestidos: ella los depone en el oficio de la mañana y se adorna para la fiesta.

Se colocan de nuevo en el altar los blandones dorados y los cirios de cera blanca, y el obispo se muestra al pueblo con su mitra y su báculo de oro. El es quien consagrará y dará la comunion á los dignatarios de la diócesis.

Los ancianos del santuario, de sobrepelliz y muceta y con la estola de pastor al cuello, los jóvenes sacerdotes, diáconos y subdiáconos de dalmáticas, los acólitos de albas blancas con cinturas de seda, los turiferarios con las urnas flotantes de perfumes, los pertigueros sin sus bastones de ébano, mas con su vestidura talar, los porteros sin espadas ni alabardas vienen de dos en dos humildes y recojidos á arrodillarse en las gradas del altar, y recibir de la mano de su prelado el pan místico de la Eucaristía.

Habria de tenerse un corazon seco para permanecer sin emocion en esta comunion general. Siempre recordaré el Juéves Santo en Nantes, pais de fé y de piedad: la gran nave de la catedral estaba llena de fieles, y los legos se mezclaban al clero en ambos lados del coro. Cuando el venerable obispo, de pié, apoyado contra el mármol del altar, mostraba la hostia diciendo á los que iban á comulgar: *Ecce agnus Dei qui tollit peccata mundi*, reinaba entonces un gran silencio. Las voces de los cantores, las armonías del órgano se callaron; y si se oia alguna cosa, era solamente el ruido de las cadenillas de los incensarios que ascendian y bajaban y se elevaban para bajar de nuevo.

Antes de llevar al monumento la hostia que debe ser la del dia en que no se consagra, el obispo oficiante se sienta en frente de una mesa preparada en medio del santuario. Traen entonces los diáconos y subdiáconos grandes urnas que deponen en frente del pontífice que está cubierto con su mitra y tiene su báculo en la mano. Contienen estas urnas el aceite que va á ser santificado y bendito.

Aceites destinados para los niños que nacen, para los enfermos que mueren, para los sacerdotes que se dedican á Dios y para los reyes que se consagran y coronan: aceites santos con que se nos unje á la entrada en el mundo y al salir de la vida. El *Crisma Santo* en el bautismo y confirmacion, y la *Estrema Uncion* en la hora de la muerte.

Cada vez que he asistido á la bendicion de los santos aceites, me ha ocupado una viva consideracion al ver al pontífice orar sobre ellos para hacer bajar al espíritu de Dios. ¿Cuál será, me preguntaba yo, el primero de nosotros que ha de ser unjido con aceite? ¿Será un hermano? ¿Será un amigo? ¿Acaso yo? ¡Oh, cuando estos pensamientos se acercan á vuestra imaginacion, os parecen entonces las ceremonias de la Iglesia, doblemente santas! Los pensamientos graves son hermanos de los pensamientos saludables.

En esta bendicion del Santo Crisma debe el obispo estar asistido de doce sacerdotes, todos pastores para representar mejor los apóstoles, y de siete diáconos y otros tantos subdiáconos, con el fin de recordar el tiempo en que el colegio de los ministros sagrados estaba compuesto de doce presbíteros, siete diáconos y otros tantos menores para la administracion de la diócesis y para el servicio del obispo del pueblo

Cuando se han dicho ya todas las oraciones sobre los santos aceites, vuelve el obispo al altar, y

despues de la comunion, lleva la hostia que ha consagrado para el otro dia con grande pompa bajo un palio á la capilla del monumento.

En algunos paises, y son estos á nuestro ver los que comprenden mejor la solemnidad del Juéves Santo, esta capilla está tendida de terciopelo negro con lúgubres guarniciones rojas; algunas lámparas fúnebres estienden una triste luz bajo estos ropajes del sepulcro: y los vasos sagrados de los altares, cálices, piscis, urnas de oro y plata que se han arrojado como en desórden al pié del Cristo muerto, manifiestan que el santo sacrificio está suspendido, y que en el dia del deicidio no se servirán de este bendito lujo.

En otras ciudades, el aspecto del altar del Juéves y del Viérnes Santo es totalmente diverso. En lugar de cubrirse de luto se despliegan los mas brillantes ropajes, y sobre el fondo escarlata de las gradas resaltan y resplandecen innumerables candeleros y vasos de plata. Todas las flores de la estacion, los jacintos ó campanillas blancas y azules, las prímulas amarillas, que rompen la nieve para abrirse antes que las demas flores, las anémonas, las francesillas de vivos colores esmaltan el monumento.

En medio de estas pompas del templo y de la naturaleza, en medio de estos ramilletes y de estos cirios, está depositada la hostia bajo un paño de oro. En algunos paises hay un sagrario de plata y oro, de carey y marfil, ó de las mas esquisitas maderas construido, y en él se encierra la hostia sagrada, confiando la llave de tan santo lugar al hombre mas respetable de la parroquia, que la lleva pendiente al cuello, de una cadena de oro enriquecida de perlas y piedras preciosas.

Aquí no se ve nada triste, nada lúgubre: se diria que los sacerdotes que han concebido así los adornos de su altar, no han querido contristarse en la muerte del Cristo, porque esta muerte ha salvado al mundo. Sobre esta muerte, que ha dado la vida, no han tendido paños negros sembrados de lágrimas: creyeron que el pesado paño funeral es bueno para nosotros que permanecerémos largo tiempo entre la tierra; empero para aquel que al tercero dia quebró la losa que cerraba el sepulcro; para aquel que habia de llamarse *vencedor de la muerte*, pensaron que no era menester tanto luto, y cubrieron con flores lo que representaba la tumba.

Cuando se ha terminado el oficio de por la mañana, cuando la procesion ha vuelto al santuario en donde el Sacramento no existe; cuando las primeras señoras de la ciudad están apostadas en las puertas de la iglesia recibiendo la limosna de los pobres; entonces todo el pueblo cristiano deja sus casas y va á *andar las estaciones* en todas las parroquias.

En todas las calles que conducen á las iglesias hay inmenso gentío; mas en ninguna parte hay ruido ni tumulto. Un mismo pensamiento religioso ha puesto á todos en movimiento, y entre los hombres y mujeres que circulan así en la ciudad, hay muchos que rezan andando con el rosario en la mano.

Este uso de andar las estaciones, viene de tiempos muy remotos. Los caballeros dejaban la espada, y las nobles señoras iban descalzas por las calles para cumplir con este acto de piedad.

La devocion del *Camino de la Cruz*, tan recomendada á los fieles, es un recuerdo de esta *via* santa que nuestros padres seguian humildemente el Juéves y Viérnes santos.

Hemos visto en nuestros dias uno de los mas nobles y mejores hombres de Francia, un hombre cuyo carácter era tan elevado como ilustre su nombre, el duque Montmorenci, morir el Juéves santo mientras que andaba las estaciones: y delante de la tumba de Jesucristo, fué que la muerte vino como amiga á buscar al descendiente del *primer baron cristiano*. ¡Bella y digna muerte para un Montmorenci! ¡En un tiempo, ellos ayudaron con su espada á conquistar de los sarracenos la sagrada tumba; hoy, uno de sus hijos, vino delante de ella á rogar con fé y á morir con esperanza!

La verdadera fiesta de la Eucaristía era el Juéves Santo; mas este dia, mezclado á una semana de penitencia y de tristeza, estaba demasiado oscurecido por las sombras de todo lo que le precedia y le sucedia, para convenir á la celebracion de tan gran misterio. En el siglo décimo tercio, Urbano IV estableció la fiesta del CORPUS CHRISTI.

El *Pange lingua* es el himno propio del Juéves santo, y es altamente bello el oirlo cantar por el clero en la procesion del altar al monumento, cuando el obispo lleva bajo el palio de brocado las *santas especies*, precedido y rodeado de los mas notables de la ciudad, y de las cofradías que brillan con sus hachas y cirios encendidos.

En las ceremonias del Juéves de la gran Semana, hay aún una de grave enseñanza y de alta leccion: esta se llamaba en otro tiempo el *mandato*, y hoy se conoce con el nombre de el *lavatorio*.

Cuanto hay de elevado entre los hombres, papas, emperadores, reyes, arzobispos y obispos, á ejemplo del Salvador, se humillan ante los pobres. En otros dias llevarán todas las insignias de su dignidad, sus tiaras, sus coronas y sus mitras; pero ahora, es preciso ceñirse solamente con una toalla de lienzo.

En cualquier otro tiempo, podrán convocar á su corte los grandes de su imperio y los primeros que dependen de su poder; mas hoy deben buscar á los necesitados, á los abandonados del mundo para lavarles los piés.

"Despues de la cena, habia ya inspirado Satanás á Judas, hijo de Simon Iscariote, para que traicionara á Jesus;

"Jesus, que sabia que su Padre le habia puesto todo en las manos, y que habia salido de Dios para volver á su seno, se levantó de la mesa, dejó sus vestidos, y tomando una toalla se la ciñó, y vertiendo luego agua en una aljofaina, y habiendo lavado los piés de sus discípulos, se los enjugó con la toalla; y volviéndose á la mesa les dijo: ¿Comprendeis bien lo que acabo de hacer con vosotros? Me llamais vuestro Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy: si, pues, yo os lavo los piés siendo vuestro Señor y Maestro, vosotros debeis lavároslos unos á otros, porque os he dado el ejemplo, con el fin de que lo que he hecho por vos, lo hagais vosotros por los demas."

Y para poner este Evangelio en accion, se ha instituido la ceremonia del lavatorio. Pero, es menester decirlo, una falsa delicadeza habia quitado á este acto de humildad su verdadero carácter, y las intrigas de corte mezclándose á la mente del Evangelio, habian debilitado la leccion.

Yo he visto en la galería de Diana un rey cristianísimo, á quien pertenecia de derecho la mas bella corona del mundo, rodeado de su corte toda bordada de oro, de placas y bandas, venir á lavar los piés .....mas no á los verdaderos pobres. Los que tendian sus piés para que el rey los lavase, eran niños que la intriga habia introducido allí, y no la miseria: y para ser clasificado aquel dia entre los doce pobres, habia familias que hacian valer las protecciones como para ser ricos.

Y ademas, ¿era acaso lavar los piés de aquellos niños, el derramar unas gotas de agua tan pronto vertidas como enjugadas? Cuando los reyes quieren humillarse, es menester que sea de veras; y cuando se toma una idea del Evangelio, no se debe jugar con ella.

Hay flores que embalsaman la soledad en donde Dios las hace nacer; mas si se llevan bajo un cielo que no les conviene, desmedran y se ahilan, y así sucede con ciertos pensamientos cuando se les traspasa á la corte. La rutina las guarda sin duda, pero ellas pierden su belleza y sus suaves olores.

¡Ah, cuántas nobles cosas no han sido sofocadas por la etiqueta de los palacios! Habia el Salvador dicho: "Os debeis lavar los piés unos á otros," y la etiqueta vino á fijar el número de gotas que debian verterse sobre el pié de cada niño.

La ceremonia del mandato ó del lavatorio no se hacia en parte alguna con tanta pompa ni con tanto aparato como en los monasterios; y en ellos se seguia á la ceremonia una colecta para los pobres, dando á estos monedas y panes por trece, en memoria de los doce apóstoles de su divino Maestro.

Se lee en la Historia de la Iglesia: "El Juéves santo se da tambien la absolucion general á los penitentes."

Puede muy bien remontar al siglo noveno el establecimiento de esta ceremonia, y hácia el mismo tiempo se fijó para ella el Juéves santo. Hacíase esta antes de comenzar la misa, y al efecto los penitentes, con un saco ó cilicio, y ceniza en la cabeza, iban desde por la mañana al lugar en donde habian permanecido toda la Cuaresma: allí se les buscaba para conducirlos á la Iglesia, y presentados á los sacerdotes y prosternándose ante estos, el obispo oraba por ellos.

El diácono, entonces, hablando en nombre de los penitentes, que no se esplicaban sino con lágrimas y sollozos, representaba al pontífice que era llegado el tiempo de la propiciacion. El obispo hacia luego una ecshortacion á los penitentes que imploraban misericordia, y pronunciaba, estendiendo las manos sobre cada uno de ellos, las oraciones propicias para implorar la remision de todos los pecados.

Estos medios de reconciliacion no eran empleados sino para aquellos que habian sido condenados á la penitencia pública y que habian sido echados tambien de la Iglesia el Miércoles de Ceniza.

Hoy los pecadores y los justos permanecen en la Iglesia, y nadie es arrojado del templo: los hombres sienten ahora mas vergüenza en acusar sus pecados y la Iglesia mas compasion para perdonar. Madre ilustrada y llena de ternura, ve y aprecia los cambios que los siglos, rodando hácia la eternidad y pasando como las grandes olas sobre el mundo, traen á sus hijos, y no pide á su debilidad mas de lo que pueden darle. A la mata de yerba no pide el perfume de la violeta, ni á la caña la majestad del cedro.

VIERNES SANTO.

He aquí el dia de la grande tristeza cristiana, dia que las campanas no anuncian; dia en que los altares no tienen sacrificios y en que los santuarios de luto no resuenan sino con lamentaciones, dia en que las madres dicen á sus niños: "Hoy nuestro Señor ha muerto, y es preciso hacer penitencia con nosotros." En este dia el duelo no ha de reducirse á los altares, sino que ha de hallarse en todas las casas cristianas: no es bastante que cesen los cánticos en las iglesias, es preciso que no haya regocijo alguno en los hogares.

En las capitales, hoy tan agitadas y ruidosas, cuando viene el gran dia de tristeza, poco se percibe que las campanas han cesado sus repiques desde la víspera. Pero en las ciudades de provincia, este silencio tiene una lúgubre solemnidad, y hasta los relojes de la ciudad se callan, de suerte que parece que el tiempo se detiene, porque el Señor murió.

Este dia, en muchos paises, la lengua de hierro del tiempo, no dice á los hombres mas que una hora: ¡LAS TRES!

¡Hora de la muerte del Redentor! Hora que oyó el grito que hizo temblar la tierra, hender las rocas, despedazar el velo, ocultar el sol, abrir las tumbas y resucitar los muertos; el gran grito: ¡CONSUMMATUM EST!

En muchas ciudades, los habitantes no llevan el VIERNES SANTO sino vestidos negros, y hemos visto fervientes católicos, no querer servirse de sus carrozas el dia en que el Salvador del mundo bañó con sangre y sudor el camino del Calvario.

En otros tiempos la tristeza se estendia en nuestras antiguas iglesias y en nuestros viejos palacios, y cuando los pontífices de San Dionisio y Nuestra Señora se cubrian con cilicio y ceniza, los sucesores de Clovis y San Luis, dejaban sus coronas y tomaban sus vestidos violados, color de luto de los reyes.

Sin vituperar los tiempos presentes, los compadecemos al verlos deshederados de estos antiguos y piadosos usos. En vano buscamos la ventaja ó garantía que los poderes humanos pueden hallar en aislarse de Dios; no vemos sino vértigo y delirio en este pensamiento.

Por un sentimiento recibido sin contradiccion en toda la Iglesia, se cree que los apóstoles instituyeron las fiestas, cuyos misterios pasaron á su vista. Pone

San Agustin en esta categoría, la *Pasion*, la *Resurreccion*, la *Ascension* y la *bajada del Espíritu Santo*. Empero se conviene en que desde los principios, así como en la sucesion de los siglos, la fiesta de la Pasion ó del Viérnes santo, tan augusta como es, fué siempre una fiesta de oracion, de trabajos y mortificacion, mas bien que de descanso y regocijo. Los latinos mostraron tanta veneracion como los griegos, por este santo dia, guardando la fiesta en muchos parajes. Y hasta mediados del siglo décimosesto, no se redujo á *media fiesta*, terminada al medio dia despues de los oficios de por la mañana, y con los del Juéves y Sábado santos. Redoblábanse entonces, ó se prolongaban las vigilias, las mortificaciones, las lecturas santas y las oraciones. Pasábase toda la noche en ayuno en la asamblea de los fieles; y de esta costumbre, trasmitida por los apóstoles, nadie estaba esento fuera de los niños menores de siete años. Leíase allí toda la Pasion, segun los cuatro evangelistas, dividida en doce lecciones, y despues de la noche se continuaba el oficio del dia á las horas ordinarias; mas no se hacia oblacion ni sacrificio.

Nada sobrecoje mas el alma de tristeza que el aspecto de nuestras iglesias. El Viérnes santo, por la mañana, ya no se cree el color violado de bastante luto, y se usa del negro como para nosotros mortales, en el altar del Dios inmortal. Sobre el paño funeral de los cristianos, se espone el crucifijo para la adoracion.

Estas palabras, dichas con una voz triste y lenta, se repiten frecuentemente en el oficio del dia: "*Collocavit me in obscuris sicut mortui sæculi.*" Se me puso en un lugar oscuro como á los muertos del siglo.

"*Posuerunt super caput ejus causam ipsius scriptum*, JESUS NAZARENUS REX JUDEORUM." Pusieron sobre su cabeza su causa en una inscripcion: "Jesus nazareno, Rey de los judíos."

"*Christus factus pro nobis obediens usque ad mortem, autem crucis.*" Cristo obedeció por nosotros hasta la muerte de cruz.

Mientras que se salmodean estos versículos, todos los sacerdotes se arrodillan sobre las losas desnudas del santuario, y los acólitos estienden sobre el altar, sin cirios, sin ornamento alguno, delante bel tabernáculo abierto y vacío, un mantel de lienzo.

Luego un cantor dice la siguiente profecía de Osías: "Ved aquí lo que dice el Señor: En el esceso de su tribulacion, y cuando el dolor pesará sobre ellos, se apresurarán á volver á mí.

"Venid, venid, dirán, volvamos al Señor: él nos ha puesto en cautiverio, él hará cesar nuestra servidumbre.

"El nos ha herido, y él solo será quien nos cure.

"En dos dias nos dará la vida: el tercero nos resucitará de entre los muertos.

"Entonces vivirémos en su presencia y conocerémos el poder del Señor, y nos apegarémos á él como á la salud.

"El vendrá á nosotros como el rocío que cae á su tiempo sobre la tierra.

"¿Qué te haria yo, pueblo de Efrain? ¿Qué te haria, pueblo de Judea?

"Señor. vuestra misericordia semeja á una nube de la mañana, que el sol hace desaparecer así que se muestra en el cielo.

"Yo he espuesto los profetas á los tormentos y á la muerte, para anunciaros las palabras de mi boca, y para que hiciéseis brillar vuestra inocencia como la luz: porque gusto mas de la obediencia, que de los sacrificios y de las ricas ofrendas.

"¡Señor, Señor, yo recuerdo vuestros antiguos prodigios, y el temor se apodera de mí!

"¡Señor, Señor, yo sé que aparecereis sobre las nubes, cuando se hayan cumplido los tiempos, entre dos querubines, y os hareis entonces conocer!

"Dios aparecerá del lado del Líbano, y el Santísimo vendrá de una montaña cubierta de una espesa arboleda. Su gloria oscurecerá el brillo de los cielos, y la tierra resonará con sus alabanzas."

Despues de estas profecías cantan tres sacerdotes la Pasion de Nuestro Señor. Este canto es un diálogo de grande antigüedad: los judíos, Pilatos, Herodes, los apóstoles y Jesus mismo, hablan en él y responden á su turno. Y cuando se llegan á estas palabras: *Et inclinato capite redidit spiritum*, que se dicen recitadas, cesan los cantos y no se oye en el silencio que reina, sino el movimiento de los fieles que se prosternan para besar la tierra que el Salvador humedeció con su sangre.

Concluida la Pasion, arrodillándose y estendiendo los brazos á cada oracion, ruega el sacerdote en el altar por toda la tierra, por la santa Iglesia, por el Papa, por los obispos, presbíteros, diáconos, subdiáconos, por los reyes, por los catecúmenos, por todas las necesidades, por los heréticos y cismáticos, por los judíos, por los paganos y los idólatras. Entre cada oracion de estas dice el oficiante: *Flectamus genua*, y el coro responde: *Levate*. Pero en la oracion por los judíos que dieron muerte al Hijo de Dios, no dobla el sacerdote la rodilla, y se demuestra allí un horror señalado contra el pueblo deicida.

Entre tanto grandes y pequeños, poderosos y débiles, felices y desgraciados, ricos y pobres, todos van á adorar la Cruz. El sacerdote en el altar, descubriendo al pueblo uno de los brazos del árbol de salud, esclama: *Ecce lignum crucis*, y el coro responde: *In quo salus mundi pependit.*

Adelantándose luego el sacerdote del lado derecho del altar, y desnudando el otro brazo de la Cruz, dice aún: *Ecce lignum crucis*, y de nuevo los coristas repiten: *In quo salus mundi pependit.*

En fin, una tercera vez dice el sacerdote en medio del altar, elevando la voz: *Ecce lignum crucis*, y la Cruz entera se descubre y muestra á la multitud cristiana el crucifijo que veia largo tiempo habia envuelto en un velo, y que ahora contempla con la frente coronada de espinas, con las manos y los piés heridos de los clavos, con el costado abierto por la lanza....

Y cuando el Hijo del hombre se ha mostrado así sangriento y acardenalado con los tormentos de la Pasion, el sacerdote continúa cantando: *Popule meus, ¿quid feci tibi? ¿In quo contristavi te? Responde mihi.* "Oh pueblo mio, ¿qué os hecho? ¿En qué os he contristado? Respondedme.

"Porque os he libertado del cautiverio, porque os he mantenido durante cuarenta años en el desierto, porque de la esterilidad os llevé á una tierra fecunda. ¿Qué mas he podido hacer por vos? ¿No fuísteis la viña que planté y que guardé bajo mi proteccion? ¡Y me clavais en una Cruz; y cuando tuve sed me disteis á beber vinagre y hiel!

"Oh pueblo mio, ¿qué os he hecho? ¿En qué os he contristado? Respondedme, respondedme.

"Para salvaros de Egipto sumerjí bajo las olas del mar á Faraon y sus caballeros; ¡y vosotros me entregásteis á los príncipes de los sacerdotes!

"Os abrí un paso por entre las ondas del abismo; ¡y vosotros me herísteis el costado con una lanza!

"Marché delante de vosotros como una columna luminosa de nubes; ¡y vosotros me trajísteis al pretorio de Pilatos!

"Os mantuve con el maná que bajaba del cielo; ¡y vosotros me golpeásteis llenándome de cardenales.

"Hice surgir agua de una roca para apagaros la sed; y ¡vosotros me dísteis á beber hiel y vinagre!

"Os puse en las manos el cetro del mundo; y vosotros pusísteis en mi mano una caña y sobre mi frente una corona de espinas!

"Os hice subir sobre el trono del poder; ¡y vosotros me alzásteis á una Cruz!"

Agios ó Theos. Agios Ischiros. Agios Athanatos. Eleison imas.

Sanctus Deus. Sanctus Fortis. Sanctus inmortalis. Miserere nobis.

Se ve que no basta á la Iglesia en su profundo dolor una sola lengua para clamar á Dios: ¡Oh Señor, vos que sois Santo, fuerte é inmortal, tened piedad de nosotros!

Parece esta parte del oficio como un delirio, y entre estas antiguas, las palabras tan sencillas, repetidas frecuentemente: *¡Oh pueblo mio! ¡qué os he hecho.....?* Son capaces de tocar los corazones mas helados.

En este instante, si hay un rey en la iglesia, puede tomar la parte de enseñanza que aquí se da á los poderosos de la tierra. Y si ha tenido de qué quejarse de sus vasallos; si su pais ha correspondido con el destierro y la proscripcion al bien que queria hacerle; si los que mantuvieron, vistieron y abrigaron á los pobres no tienen asilo; si los que tenian palacios carecen de una piedra para reposar la cabeza, que no se quejen tan amargamente y que pongan sus altos dolores á los piés divinos del adolorido Jesus de Nazaret, Hijo del Eterno Jehovah, Dios de los imperios y de los ejércitos.

Los himnos y los versículos dolorosos de la Pasion se salmodean alternativamente, mientras que el crucifijo descubierto está espuesto sobre un paño de terciopelo negro, como un rey muerto sobre una cama funeral.

Para venir á besar los piés y las manos traspasados de clavos y el costado entreabierto del Salvador, los mas altos en poder y dignidades, reyes, arzobispos, obispos y príncipes, quitan su calzado y adoran con los piés desnudos. La multitud les sigue y viene con ellos, porque murió por todos; y el mendigo que tiende la mano á la puerta del templo, tiene tanta parte en la sangre del Redentor como el monarca y el pontífice.

La víspera, cuando se llevó la hostia del altar al monumento, se desplegaron todas las pompas del santuario: las capas rojas bordadas de oro, las albas de randas, las dalmáticas orientales, la cruz y candeleros de plata dorada, el incienso mas puro de la Arabia, los graves sonidos del órgano que acompañaban el *Pange lingua;* empero, el Viérnes santo se llevan triste y silenciosamente las santas especies al santuario, para que las consuma el sacerdote, sin órgano y sin magnificencias. Despues de la comunion se termina el oficio; y si la multitud permanece en la Iglesia, es porque el pueblo quiere besar la cruz: y durante toda la jornada de muerte, ancianos y jóvenes, mujeres y niños, se suceden en esta adoracion.

Cerca del crucifijo se halla un plato de cobre ó plata, en que el rico y el pobre deponen su limosna, porque no se ha de olvidar en el dia de dolor á los infelices necesitados.

Desde las siete de la mañana, antes que los artesanos vayan á su trabajo diario, se predica la Pasion de Nuestro Señor; y á las tres de la tarde, hora en que Jesus murió, se predica de nuevo: en toda la ciudad quieren los cristianos ser conmovidos con la relacion de los dolores de un Dios.

He aquí ya dos mil años que se predica á los fieles la *Pasion de Nuestro Señor*, y el sacerdote cristiano no tiene necesidad sino de fé y amor para hacer correr abundantes lágrimas: hay fuentes que jamas se agotan, y relaciones que no necesitan de arte ni elocuencia, de esmero ni ornamentos humanos.

Siempre tendré presente la relacion de un misionero peregrino que volvia de Jerusalen (1). Lleno de recuerdos de la santa ciudad referia, las estaciones de la via dolorosa, y su palabra simple y fogosa, fuerte y pintoresca, hacia así ver el sudor, las lágrimas y la sangre con que fué regado el camino del Gólgota. Al oirlo se habian, por decirlo así, pasado los mares con el sacerdote descendiente de los viejos caballeros cruzados; creíase uno ora en el jardin de los Olivos, ora en el palacio de Caifás, ya en el pretorio de Pilatos, y con el peregrino lo era uno tambien atravesando todas las estaciones: con él subia uno la penosa montaña del Calvario, con él se estremecia, se arrepentia, oraba y esperaba.

Termínase el dia del Viérnes santo con el canto del *Stabat Mater:* este himno de materno dolor que las mujeres repiten llorando, porque conciben mejor que nosotros las angustias de la madre sentada al pié de la Cruz.

(1) El abate Forbin de Janson, hoy obispo de Nancy.